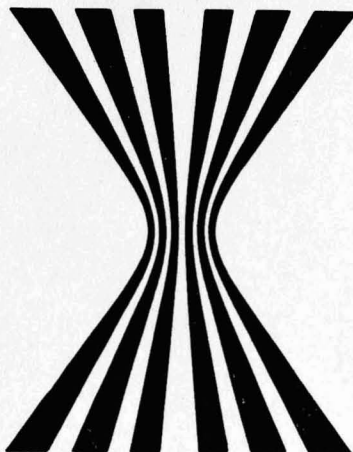




Aquello fue sólo el comienzo. Como a una señal el pueblo de Sihuas se oscurece bajo una nueva mangada. Ya no se trata de la lluvia amiga de enero, llenando las tinajas del patio y robándole perfumes al suelo, sino de un diluvio o poco menos, se abren agujeros en el piso y hay que mirar el cielo en busca del puño vengador. Al anochecer el agua se ha mezclado con el ruido y sus silencios, con el sueño y la comida, el agua para arriba y para abajo. *¡Nadie se va a la cama esta noche!*, ordena mi madre. La lluvia nos obliga a salir de la casona cuando dicen que ha ocurrido algo todavía más grave. Sin nadie que recoja mi mano, perdida en el aire de agua, en el agua de aire, oigo el fragor de truenos y veo cómo los relámpagos dibujan, corrigen la figura y vuelven a dibujar la torre de la iglesia; y viene el llanto de una niña que tal vez sea mi hermana, horrorizada de la tempestad y resistiéndose a caminar como si fueran a descuartizarla. El pueblo envuelto en mantas y ponchos ha sacado en hombros a la Virgen de las Nieves que nos salvará de la muerte. Me arrastran entre voces que presagian cómo los ríos Grande y Chico nos perseguirán y descubrirán adonde vayamos. La niña llora y la imagen se acerca a consolarla; enloquecida, ella se guarece en el pecho de mi madre. A la luz de chorreantes linternas en la espantosa noche, ambas parecen vestidas con cortezas de árboles.

Luego dicen que el río Grande nos pisa los talones, subiendo a cuatro pies como nosotros; pero añaden que ha cambiado de presa, que busca fijamente a otro grupo, con lo cual volvemos al pedazo de vida negra de donde habíamos partido. El indio que sostiene una linterna yergue su brazo y se cubre la cabeza con el poncho: es otro pájaro lavado por la lluvia.

De pronto el recuerdo me aleja de ellos y me ve escapar, seguido por nuestro muchacho, hacia la casa del tío Juan. Jadeantes cruzamos el Grande como si no lo hubiéramos dejado hacía rato: la crecida va a cubrir el puente, el rumor es de caídas gigantescas, el agua nos avienta árboles, piedras, bocas vacías y torcidas. Me empujan por la interminable cuesta de Pincullo; el puente cruje con humanos lamentos, sus dos brazos se despiden para siempre, y arriba corre el gentío aplastándose y rezagándose. Si los niños lloramos, los hombres gritan a sus mujeres y éstas hablan cantando o chillan entre sus lágrimas. Yo también busco desplegar mis alas de pájaro

a fin de salvarme. No hace falta. Salido de no sé dónde, tío Juan me recoge y arrastra por sementeras blandas, deformes, flotantes, junto a la tarima de una joven casi muerta. Dicen que ella se cayó al río Chico después de cabalgar toda la noche, llamada inocentemente por mi madre para que viniera a conocernos. Dicen que su hermano Alberto —mi primo, sin duda— se arrojó desde el caballo a rescatarla, y por ser su intención noble, nada le ocurrió ni pudo haberle ocurrido. La Virgen vuelve a rondar nuestro lado, húmeda y sucia de fango: viene difícilmente, coja y tronchada, avanza unas veces de pie y luego se derrumba atrás, se yergue y padece como esa joven. O quizá huye todavía más asustada que todos nosotros: su figura de yeso se disolverá sin remedio, cuando el cuerpo de los malditos resistirá como los troncos, desafiando el hacha que no acabará jamás de despedazarnos. Llevada por dos hombres la tarima avanza zurciendo arbustos y alfalfares. Los caballos de un potrero relinchan y tal vez nos arrojen puñales; nuestro corazón se parte cuando pensamos que del pico de la montaña se nos puede venir otro río en plenos ojos.

—¿Y su esposa, don Juan? —le pregunta una sombra a mi tío—. ¿Y sus hijos, don Juancho?

—Eso fue antes. Hoy la Virgen está sucia como cualquier mujer y nuestras piernas no caminan.

—¡Dicen que se viene Ayaviña! ¡Se viene sobre Sihuas!

—¿Por qué no, don Amadeo? Ahora los pueblos son pájaros que vuelan. Pero la violencia salvará a unos cuantos testigos que contemplen su obra: ojalá seamos nosotros.

—¿Acaso es tiempo de recordar el pecado?

—Oh, no, sólo que oigo la crecida y ruego que todo se acabe de una vez. ¿No entiende usted que le estamos ayudando al río?

—¿Nosotros...? —abre sus brazos la sombra.

—Sí, incluso mi sobrino Gardito quisiera de una vez el final.

—¡Ya no quedará nada en Sihuas! —solloza corriendo una mujer.

Hable quien hable, la mangada moja su voz, y el bramar de los ríos Grande y Chico (¿habrá otros más?) nos hace pensar en la saliva del monstruo que habrá de masticarnos.

—¡Y yo que ya debía cosechar! —dice un marido a su mujer—. ¡Por ti, Tomasa, por ti fue que no cosechamos!

—¿Piensas en eso, ahora? ¡Dijiste que no había burros!

—¡Burros había! ¡Te faltó cabeza!

—Pues, bueno ya cosechamos y ya se lo llevó el río —dice ella, cuyas faldas a media pantorrilla me recuerdan las de mi madre: una gran hoja húmeda donde un niño podía dormirse como el gusano en una hoja de verdad. Pero no puedo llorar, el trueno del río oprime mis narices.

—Tío ¿ya no hay Sihuas? —pregunto finalmente al hombre que me lleva en sus espaldas.

—Algo quedará, hijo. Un loco piensa que no habrá mañana, pero lo hay. ¿Cómo va a destruir Sihuas cuando es costumbre del Grande desbocarse cada dos años? ¿No crees que se morirá de pena cuando no tenga adónde ir?

Enredadas con su voz bajan nuevas sombras del cerro.

—¿Qué? —grita uno de nosotros—. ¿Adónde van? ¿Hay río por la altura?

—¡Mi mamá! ¡Mamacita! —llora una muchacha—. ¿No han visto a Juliana Rivera? —y nos va pellizcando uno a uno.

—¿Y al Chanco lo has visto? —grita un joven—. ¿El chanco, Ismael Pareja?

—¡A nadie! ¡Sálvese quien pueda! —replica furioso tío Juan.

—¡Consuelo! —grita otra voz salida del ovillo de bultos y trata inútilmente de hacerse oír por la hija de Juliana Rivera.

La lluvia, el llanto y el fragor del río nos han mezclado y confundido los pies.

—Consuelo, tenemos que salvarnos nosotros solos. No pienses ya en tu madre; la Virgen lo ha querido así.

—¡No, muerta no! —ella se tapa los oídos y corre hacia abajo.

—¡Arriba, hom, arriba! —vociferan atrás—. ¡Corran, animales, si no quieren perder el rabo!

—¡Consuelo! ¡Conchito! —mendiga nuevamente la voz que ni siquiera es de una sombra pero que está al frente.

—¡Maldición, ella va a reventarse! —detienen a la voz—. ¡No vayas!

—Si vive, dirá que soy cobarde.

—¿Y si muere, bestia?

—Pues quiero verla.

—¿Y qué harás?

—Quiero ver si ha muerto; y si ha muerto, quiero verla muerta. ¡Es mi novia!

—¿Y qué harás? —vuelven a decirle, pero la pregunta golpea en el sitio donde ya no está.

—¡Bestias! —rugen desde el fondo de la quebrada—. No manden más gente que hay un solo camino. ¿O se han vuelto locos?

—¡Atájenla! —aullan por encima de nosotros, como en un segundo piso perfectamente construido, y esta vez una niña se escapa de nuestras manos bramando como un corderillo.

—¡Quédate! —ordena exasperado un hombre a su vieja mujer—. ¡Yo voy a traer a nuestra hija, pero por una vez deja de seguirme y no seas terca! ¿Cómo diablos, mujer, haces siempre al revés las cosas?

—Yo me muero —dice otra muchacha, envuelta en una gran frazada y perfilada contra la cima de las montañas—. No subo ni medio paso más. Yo me muero.

—¡Ah, montaña! —ruge por fin el tío Juan—. ¿Adónde subimos? ¿A la vida de nuestros abuelos que están muertos y que un día treparon por acá?

La avenida y nuestra fuga sobrenadan en la noche, quizá buscando inútilmente el viejo y largo tiempo en que nada había ocurrido. Las sombras se despintaban al tocarlas y el pulso lo teníamos afuera, indefenso y huérfano como un potrillo recién nacido; era cierto que uno podía volverse un alma o fantasma. Entonces y ahora miro la negra piel de la montaña que no dominamos nunca, pero también entonces y ahora desaparezco y ya no me alcanza el recuerdo. En ese tiempo ignoraba que las montañas jamás mueren y que el sol, desde tan lejos, puede beberse un río hasta secarlo. Los lechos del Grande y el Chico se han juntado en una enorme playa donde campean gigantescas piedras, y donde antes había casas hoy vemos ruinas, muros despedazados, viejas mesas y ropas flotando sobre el agua. No hay un solo puente. Los de una banda se vienen a la orilla y conversan a gritos con nosotros. Ya no sé si esto ocurrió antes o después del aluvión, porque se da el caso de que uno ve lo que ha de suceder dentro de muchos meses y viene el tiempo y nos da la razón, y entonces vemos por tercera o cuarta





vez lo que por fin sucede. A comer, los niños preferíamos subir a las rocas recién llegadas en sucesivas avalanchas, y apostar a quién saltaba mejor entre ellas, o acechábamos el cauce para descubrir cadáveres traídos por el agua, mutilados y desnudos, así empezamos a conocer y revisar el cuerpo de hombres y mujeres. Por ese tiempo, sin aquietarse del todo, los ríos se desplazaban tumultuosos pero casi durmiendo, se envanecían cada vez menos de su barro y aun dialogaban entre sí con bostezos y silencios cuando las voces de la banda opuesta no se oían. Formando una extraña e interminable red, se conectaban con los charcos, lagunas y brazos de agua podrida de todo Sihuas, y durante muchos meses no hubo espanto mayor en el pueblo que acercarse calladito a unas plácidas orejas e imitar el rumor del agua embravecida: torciendo los ojos, la víctima corría a las orillas

para convencerse de que no se había levantado el monstruo.

—Del agua hay que esperarlo todo —dijo un tiempo después mi otro tío, Teófilo—. El agua es el macho, vive en las honduras y corre por cañadas; o pierde la paciencia y de todo el mundo forma el barro para calmarse con él como los niños. Pero no miren demasiado el agua, que se enojará el sol; no miren mucho el sol que se resentirá la tierra. El hombre debe sonreír a todas las bestias.

No dijo más porque de súbito le gritó furiosa la abuela:

—¡Estás muerto!

—¿Cómo puedes decir eso?

—Tienes treinta años y no sabes que en Sihuas no hay nada que hacer después del aluvión. Te doy dinero para que vayas a Lima, a Chimbote o Parcoy, adonde sea, pero siempre vuelves con el pretexto de cuidar las sementeras, cuando yo puedo administrar los fundos mejor que tú. No te vas porque has muerto.

—Me fui, mamita, me fui.

—Pero te moriste y regresaste.

—No había trabajo. Uno se viste y peina bien, pero hasta cuando no hablamos los costefios descubren lo que somos. Es como si oyeran aburridos nuestro pensamiento.

—Ser serrano es una desgracia ¿eh? Te acabaste el dinero con los amigos, en juergas y serenatas. Eso fue todo.

—Me iré, mamita. ¿Crees tú que me gusta Sihuas?

—Los muertos se la pasan tumbados.

—¡Madre, no digas eso!

—Estás muerto —repitió la vieja mujer, quizá con odio. Se volvió a mí y dijo—: Tu tío Teófilo ha muerto.

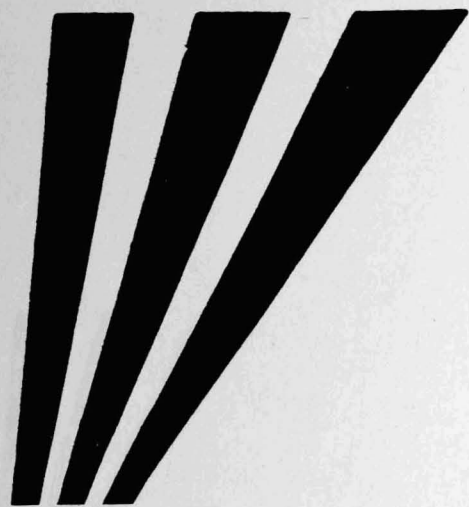
Y después de quitarle la mirada, descubrió a tío Juan, medio escondido tras de su hermano.

—¿Te imaginas que voy a casarme con una chola? —protestó iracundo él—. ¿No te he dicho que buscaré a una señorita de buena familia?

—Muerto —dijo la abuela—. Estás muerto como Teófilo.

—Déjame que te explique. . .

—Pero ¿de dónde eres tú? ¿No somos la mejor familia del pueblo? ¿No tenemos dos buenas haciendas? ¡Cástate con lo mejor que haya, con Matilde!



—Claro que sí, mamá. La otra es asunto de hombres; es sólo mi querida.

—Las queridas serranas, reverendo intonso —le sacudió las solapas—, las queridas serranas son feas y mugrientas, pero saben lo que hacen: ¡tienen hijos! ¡Por ellos volverás!

—Me casaré con Matilde, lo prometo. Aún no he llegado a los treintaicinco.

—¡Me casaré, me casaré! Estás podrido con el olor de esa india. ¿Cuántos años llevan juntos? ¿Tres o cuatro? Te será difícil librarte de la costumbre.

—¡Yo no me acostumbro! —protestó de nuevo tío Juan.

—¿Sabes lo que será de ti? Te seguirá dando hijos, suponiendo que sean tuyos, y con el tiempo la exhibirás a tu lado, en la plaza. ¿No dijiste que todos te preguntaban por *tu esposa*, durante el aluvión? Y tú feliz ¿no?

—Al contrario.

—¿De dónde te mandé venir hoy?

La anciana se puso tiesa, erguida, y pareció más seca que otros días.

—De la casa de. . .

—¡Vamos, dílo!

—De su casa.

—¡De mi casa, dirás! —y volvió a remecerlo—. Esa casa te la regalé para que la vendieras, pero te la llevaste ahí y ahora es ella la dueña. ¡Decirme a *mí* que salió de su casa!

—Estás molesta porque ayer me olvidé de ir a la chacra, nada más.

—Nadie se olvida de la cosecha, a menos que esté muerto.

—Ahora me olvido de todo. Ya estoy viejo, mamita.

—Yo no soy tu madre —se alejó ella; pero, incapaz de calmarse, volvió a la carga—: ¿Estás loco? Esa mujer coquea. Y no sólo eso, sino que es vieja y fea como yo, dicen que hiede y que tiene unos veinte hombres. ¡Y tú le has dado mi nombre a dos de sus hijos! —Lo empujó sobre el blanco sofá de aliso—. ¿Quieres que yo te busque una querida? Ahí tienes a Clemencia. ¿Hay más preciosa que ella? Sé que no le importa llegar a la iglesia si va a ganarte con eso. Está loca por ti.

—La otra me ha embrujado, creo yo. . . —inclinó el hombre la cabeza.

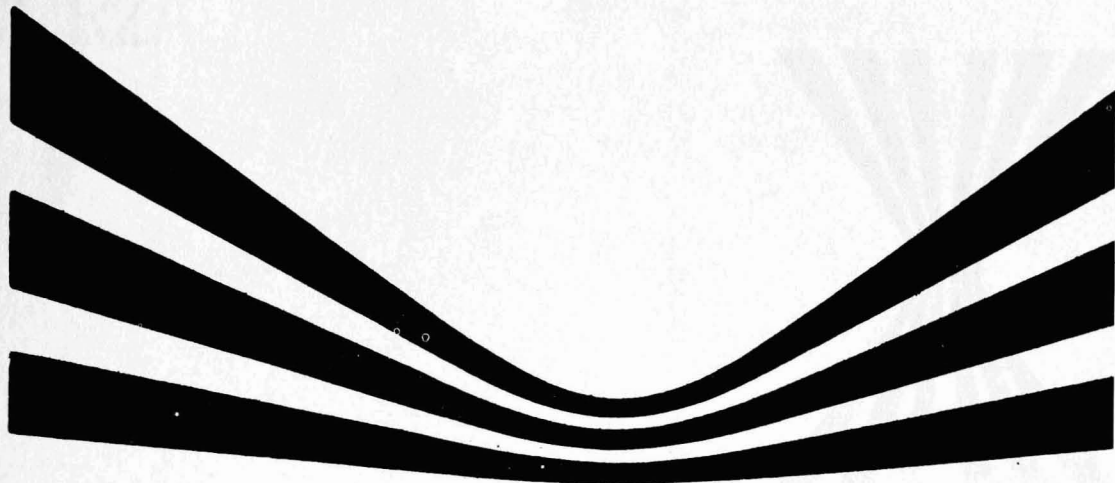
—Oh no. Simplemente no eres hombre para andar con otras mujeres. Y no eres hombre y no tienes ojos porque has muerto.

Así dejé de ver a mis dos tíos. Y luego murieron muchos indios en la hacienda de Andaymayo y sus deudos trajeron los cuerpos cubiertos de hojas, seguidos por un cortejo de lloronas. La gente se agolpó más allá de la escuela, bordeando el camino, para ver pasar los cadáveres fermentados por el sol, todavía frescos sus agujeros por los balazos de la policía. Aquella mañana los cinco guardias del distrito habían espoleado a sus bestias como jamás lo hicieran antes. Según las voces, los indios se habían alzado y algo negro y monstruoso —la palabra *revolución*— vendría a cobrar todas nuestras culpas. Los guardias y capataces de Andaymayo no pudieron contra las piedras y mañas de los indios. Sólo un guardia volvió al escape: llegó andrajoso y con fiebre adonde el señor González, dueño de la hacienda, y le pidió que lo escondiera pues su máuser se había cansado de disparar. Una hora después, lentos como viejas águilas que anduvieran paso a paso, los indios empezaron a invadir el pueblo con sus muertos. De trecho en trecho los dejaban en el suelo para ser lamidos por los perros, hurgados bien adentro por el ruido de las queresas, y luego reemprendían la marcha entre el llanto de las mujeres y el silencio del cortejo compuesto por hombres magullados, heridos y harapientos. Nadie se les cruzó por delante. Llegaron hasta el atrio de la iglesia y lo sembraron de moscas, perros y cadáveres, sin violentarse porque el cura se negara a abrir la puerta. Todo un día estuvieron chacchando coca y chupando alambres con polvo de col. Isidro, mi primo de diez años, que podía estarse hasta la noche en la plaza dijo que finalmente el cura, sin que nadie le hiciera nada, lloró adentro, dio de gritos y les abrió desafiando las órdenes del señor González.

—Ahí están los rebeldes —dijo un hombre debajo de nuestro balcón, donde esperábamos el sueño la abuela y yo—. Si ellos quisieran nos degollarían a todos, pero para nuestra suerte su jefe, Salvador Velásquez, es un miedoso.

Velásquez era un mestizo de quien las buenas familias blasfemaban.

—Sí, él los ha engañado como siempre —comentó su interlocutor—. Buenos días, señora Patucha: ¿qué le pare-



ce esto que nos sucede? Hola, jovencito. ¿Es ése su nieto?

—Sí, señor Fontenla. Buenas noches, señor Mestanza.

—Oh, no —dijo el señor Mestanza, quitándose el sombrero para saludarnos—. A Velásquez le ordenaron desde Lima o Huaraz que hiciera esto, pero el pobre no sabe qué hacer después.

—¿Y no cree usted que al final los mismos indios se librarán de él y nos quitarán las tierras? A don Juan Manuel Sifuentes, que acertó a decir que ellos eran los culpables de la matanza, se le acercó un indio y desatando su reata de arriero le cruzó de un chasquido las espaldas. ¿En dónde estamos, señor?

—Velásquez no dará ninguna orden contra nadie —prosiguió el señor Mestanza, con los pulgares metidos en el chaleco cruzado de cadenas—. Se llenará de humos con haber promovido el desorden, pero verá usted que no se compromete más para atenuar su culpa cuando sean vencidos. ¿No se imagina la desgracia de un hombre que luchando por sus ideas debe acusar de rebelde a otro?

—¿Cuando sean vencidos...? ¿Y quién podrá con estos apristas? Toda la sierra hierve y el ejército no se da abasto. ¡Estamos en 1932, señor!

—Oh, sí, sí, Velásquez sabe que serán derrotados. ¿No entiende usted a un hombre que a menudo piensa que no le resultará la cosa y que, cuando le resulta bien, retrocede creyendo que ya hizo demasiado? Ha de esperar nuevas órdenes, sin duda; pero mientras le lleguen calmará los ánimos en vez de encenderlos. A él mismo le sorprende este barullo. ¿Se imagina usted su condición?

—Bueno, pero... ¿y los indios?

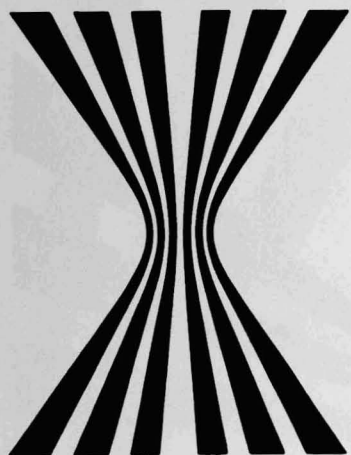
—Los indios no son vivos ni muertos —terció la abuela—; están más allá. Creo como usted, señor Fontenla, si ellos pensarán bien colgarían primero a Velásquez, después a los hacendados hombres como ustedes —soltó la risa, seguida a medias por los señores— y al último a las pobres mujeres hacendadas como yo. Suerte que no se den cuenta de muchas cosas. Este pueblo debiera llamarse Ayacucho, rincón de muertos, y no Sihuas como se llama.

Durante dos días Velásquez deambuló por el pueblo en compañía de unos cuantos indios y mestizos, sonrien-

do burlonamente a los señores; al tercer día algunos cayeron presos y los demás se llevaron a sus muertos ya podridos y nunca más volvieron con aquellos ojos. En adelante los vi menos hombres, más humildes y extraños a la vida. Sobre las ruinas de Sihuas correteaba yo con recados de mi madre por calles más desiertas que antes, cruzando los ríos a saltos por sobre piedras alineadas. Hasta que todos se pusieron a hablar únicamente de la desgracia, pensando en el pecado que pudieran haber cometido para merecer este castigo. Entonces los domingos ya no eran suficientes para ir a rezar; debíamos acudir casi diariamente, por las tardes y noches. La pequeña iglesia se hinchaba de fieles y las rodillas se herían sobre bancos, piedras y ladrillos. Una noche el cura dijo que todos vivíamos marcados, que nuestro nombre era carroña, y mostrando desde el púlpito un gran látigo se flageló hasta desgarrarse en gritos y maldiciones, escandalizando a la muchedumbre. Cuando desapareció, los niños salimos a buscar agujeros negros en el cielo.

La noche siguiente creció aún más el gentío de devotos. El Señor apareció crucificado en el aire, en una gigantesca cruz, encima de nuestros ojos, cabezas y espaldas. A media luz lo desclavaron entre órdenes de no dejarlo caer, lo pasaron de mano en mano hacia el rumor de plegarias que zumbaban ahí abajo; todos parecían asistir a un velorio fresco, excepto unas muchachas que pinchaban a sus vecinos con alfileres y reían de sus gritos. Luego se apagaron las luces, pero el silencio no se mezcló con las tinieblas, ni la oscuridad con la confusión de velas, humo y pañolones. Pasaba el tiempo y las muchachas contenían una risa deforme y absurda. Tocado por varios alfileres a la vez, grité y corrí a la plaza pisoteando a otros más chicos que yo. La luna prendía de suaves lumbres la tierra, ahora pálida y resignada. Hasta el miedo se ponía dulce. Me entretuve jugando con algunos niños en torno a la pila, el único adorno de la enorme y desnuda plaza; pero me arrastraron cuando Pío, nuestro hortelano, dijo que la huerta se había incendiado con la luna. Todos pensaron en que el fuego era señal de un entierro de joyas de oro y vajillas de plata. La mujer de Pío me desvistió aprisa y me dejó encerrado y a oscuras en el dormitorio, para no oír los susurros y jadeos de los hombres mascando coca a fin de propiciar





el fuego fatuo. Al mismo Isidro le hicieron chacchar. Y no sólo fue una noche sino todas las que quiso aparecer la luna, llena, mediana o muy chiquita.

Sin embargo, como les dije, algún día iban a pagármelas. Me enfermé tanto que les sorprendí. Cuando fallaron las tizanas y cataplasmas, las ventosas, el aceite rosado y las hierbas, llamaron al boticario Quesada cuyas pastillas sólo acabaron por secarme y hacerme crecer las pestañas. Entonces los veinte o treinta pobladores de la casa me extrajeron igual que en una procesión (mis padres adelante, después la abuela, Isidro, mis dos tíos con apariencia de resucitados, sus mujeres e hijos, y finalmente Pío, su mujer y sus ocho hijos) y no paramos hasta un limpio vado del río Chico. Me hicieron un ruedo, dicen que para que no se colara el aire por entre sus cuerpos, y me pusieron desnudo sobre un gran lavatorio de agua tibia y afrecho. Cada uno me echaba un poco de ese sango, que finalmente mi padre me hizo tragar a la fuerza, entre escupitajos y nuevos gritos.

—Ya shogmado estarás bien —dijo él.

—Y no tendrás esas ojeras —dijo mi madre.

—Y te irás a la Pampa, junto a tus otros hermanos mayores que no conoces —dijo la abuela.

Unos días después mi padre me levantó en peso con una mano, como si fuera un cordero, y me echó encima del caballo sujetándome con sogas y correas a la montura. Me despidieron dándome como único acompañante a Pío. Ese viaje a La Pampa me llegó cuando ya no aprovechaba los recreos en la plaza (el patio de la escuela lo había borrado el aluvión) ni entraba en casa de la abuela a pedirle golosinas, cuando prefería las chacras a los libros. En vez de estudiar jugué al mundo y las arriadas, si bien siempre que vencía a un alumno de quinto año sólo me ganaba una paliza. Por entonces aprendí a pelear como mis compañeros indios; resistía los golpes lo más que daban mis fuerzas, de pie y casi indiferente, y así los otros temían que pudiera estar peleando hasta la noche, cuando ellos querían vencerme muy pronto. Nos encerrábamos en un callejón que servía de mugriento reservado a la escuela: ahí el vencido no sólo debía paladear su sangre sino caer sobre los bien alineados excrementos de todos los muchachos.

Estando en el caballo, casi me cubrieron los ojos con la caperuza del poncho de aguas, pero esto sucedió sólo

después de que mi madre se hubo desangrado de dolor y que el tío Teófilo golpeó su cabeza contra el muro, cuando vieron muerta a la abuela. Subiendo al terrado ella dio un traspié entre dos peldaños y cayó diez metros abajo. No tuve adónde ir mientras moría lentamente, viajando a través de tardes y mañanas largas como hilos interminables, mientras la velaban y enterraban. Tío Juan tuvo que llevarme ante una india gorda y polleruda y decir que era mi tía, para que yo subiera al caballo. Esa mujer tuvo que pedirnos prestado harina, trigo, sal, arroz, el batán donde moler y el horno para cocer su pan. Un hermano de Isidro vino cada dos meses en busca de ganado para la hacienda Mirasante y me enseñó billetes y más billetes en sus manos; trajo telas, medias, cintas y zapatos que vender en cada viaje, como todo un celendino, pero no consiguió animar a tío Teófilo para seguirlo en sus correrías. El señor González tuvo que ir y volver de Lima muchas veces, diciendo en los intervalos: "Así es la vida, unos la pasan bien y otros mal." Salvador Velásquez tuvo que ser tomado preso y torturado, liberado y vuelto a apresar, a fin de convencerle de que ésa iba a ser toda su vida. Un guardia tuvo que fugarse con la mujer de Pío. Vagando por ese pueblo tan chico que duraba cinco minutos en todas direcciones me gustaban cada vez más mis zapatos rotos. Mi padre tuvo que golpearme varias veces para no matar demasiados perros, gorriones, gallos y palomas con la hondilla de jebe. Tuve que pasar tardes enteras en el vado del río, desnudo entre decenas de muchachos fugados de la escuela para correr también desnudos, las manos sobre sus sexos, hasta que hallaban una gran piedra abandonada por el aluvión y entonces alzaban sus manos al aire, se exhibían felices, rogaban porque una mujer los viera, y caían chapoteando en el río sobreado de gallinazos.

Sí, tuvo que pasar todo esto. Y después, cuando en medio de aquella rutina mi padre volvió a descubrir, como la abuela, que el pueblo estaba muerto, me puso el poncho de aguas y la gran caperuza que me tapó casi por completo. Y tuvo que ser a las tres de la mañana, cuando se oía a muerto y la sólida noche era la reina, que alguien puso en marcha al caballo y a su presa. Tuvo que ser a las tres de la mañana, cuando la oscuridad y no el día nos despierta. Y sin embargo, aún hoy, ignoro si llegué a mi destino antes o después del viaje.